

SECCION HISTORICA

DESVELAMIENTO DEL RETRATO DEL DOCTOR JOSE DE JESUS JIMENEZ ALMONTE

Dr. Salomón Jorge

Estamos congregados aquí esta tarde con el objeto de llevar a cabo un acto de piadosa recordación a la memoria del inolvidable compañero Director, doctor José de Jesús Jiménez Almonte, modelo que fue de probidad, de hombría de bien, de lealtad y rectitud, de probada honradez científica y profesional; celoso cumplidor de las normas de la Etica Médica. En su conducta personal fue tan exigente con sus pacientes y amigos como lo era para consigo mismo. Al llevar su efigie a nuestra sala de reuniones, al lado de la del querido compañero ido Ignacio Gómez, damos de este modo fe de que estarán así nuestros dos amigos espiritualmente presentes siempre en nuestras reuniones quincenales. Al dar cumplimiento al mandato unánime de la Junta de Directores me parece oportuno hacer un breve recuento de su vida.

Nació el doctor José de Jesús Jiménez Almonte el 6 de agosto de 1905, en Guazumal, Tamboril, provincia de Santiago. Desde su más tierna infancia mostró una marcada afición por las ciencias naturales. Su graduación como Bachiller en Ciencias Físicas y Naturales, en julio de 1926, acrecentó su naciente interés por las ciencias de la naturaleza. Su niñez fue dura y poco grata, pues tenía que repartir su tiempo entre las recias tareas del campo, ayudando a su padre en horas de la madrugada para salir luego, a lomo de caballo, hasta la ciudad para poder llegar a la hora de apertura de las clases.

En el transcurso del bachillerato aprendió las bases del inglés, del francés y de las matemáticas, desempeñándose luego como profesor de estas asignaturas a fin de cubrir los gastos de sus estudios universitarios.

En 1934 contrae matrimonio con la señorita Ana Julia Olavarrieta.

Fueron sus normas, durante sus estudios y en el resto de su existencia, lo que podría calificarse como una inmoderada pasión por el estudio, una voluntad inquebrantable y una perseverancia inusitada. Sus hábitos fueron siempre muy austeros. Nunca fumó ni se entregó jamás a la libación excesiva de bebidas alcohólicas. Desde sus primeros años como médico intuyó el daño que podía hacer a la salud el vicio de fumar y recriminaba, paternal pero severamente, a sus clientes y a sus amigos fumadores.

A propósito, en una ocasión en que celebrábamos una sesión clínicopatológica en el hogar del Dr. Federico Lithgow, se hallaban sentados, el uno al lado del otro, el Dr. Jiménez y el Dr. Trueba, gran neumólogo y gran fumador, quemaba entre 60 y 80 cigarrillos diarios. Molesto por el humo que exhalaba su amigo, le espetó: "Tú sabes el daño a que te expones y que a lo mejor ya tienes, por el bendito hábito de fumar"; a lo que Trueba replicó: "Y tú con tus más de 200 libras debes tener el colesterol y los triglicéridos por las nubes". La cosa no pasó de ahí y al terminar la sesión nos separamos todos como

buenos amigos que éramos. Días después le enviaba Jimenez una lista con un sinnúmero de pruebas de laboratorio, todas normales, al Dr. Trueba; éste, a su vez, le envió al Dr. Jiménez una radiografía pulmonar, también completamente normal.

Sus prácticas médicas discurrían tanto en el Hospital San Rafael como en la Clínica privada del reconocido maestro Dr. Arturo Grullón, en la década de los años treinta y principios de la del cuarenta. Observando el Dr. Grullón la inclinación por la botánica que mostraba su joven colega, lo puso en contacto con el insigne hombre de ciencia, el Prof. Rafael Moscoso Puello, con quien cultivó una larga y fructífera amistad. Le fue necesario aprender elementos de latín y griego para comprender la terminología botánica establecida por Linneo. Juntos, el Prof. Moscoso y el Dr. Jiménez pasaron años haciendo excursiones por todos los rincones del país, recolectando plantas incansablemente. Hombre metódico y organizado el Dr. Jiménez dedicaba invariablemente, día tras día, dos horas a la botánica, de 5 a 7 de la mañana. No tardó el nóvel botánico en hacer grandes progresos en esta importante rama de la ciencia, descubriendo un buen número de plantas, nuevas para la isla algunas y nuevas para la ciencia otras tantas. Y son varias las plantas, que a instancias e iniciativa del Smithsonian Institute llevan su nombre, inmortalizándolo, para honra suya, de su familia y de toda la nación.

Pero si grandes fueron sus logros en el campo de la botánica, no menos grandes han sido sus hazañas en los dominios de la medicina. Durante el desarrollo del IV Congreso Dominicano de Medicina presentó cinco casos de una rara enfermedad de los dedos de los pies denominada "Ainhum". Este importante y acucioso trabajo mereció los honores de ser citado en la famosa obra norteamericana de Medicina Interna de Cecil y Loeb. Otro trabajo trascendental lo constituyó su tesis sobre "Polioencefalitis Superior Crónica Progresiva o enfermedad de Von Graefe" y que fue calificado de "sobresaliente" por el jurado examinador. Por otro lado, fueron muchos los artículos médicos que aparecieron en las páginas de edificaciones sucesivas del Boletín de la Asociación Médica de Santiago. Simultáneamente, en los Juegos Florales de Santo Domingo, celebrados en 1952, arrebató el Dr. Jiménez el primer premio con su trabajo "Plantas nuevas para la ciencia, nuevas para la Hispaniola y nuevas para la República Dominicana". En 1959

presentó otro trabajo en el IX Congreso de botánica, en Montreal "A new catalog of the Dominican Flora", siendo calificado como "Excelente".

Su doble pasión por la medicina y la botánica no impidió que se destacaran otras facetas de su fascinante personalidad y, entre ellas, sus nobles sentimientos de generosidad. Fue designado taxonomista de la Universidad Santo Tomás de Aquino, función que cumplió durante varias décadas sin que jamás cobrase un sólo centavo por esta ingente tarea. Se le solicitó que contribuyera con su indiscutible prestigio a la formación de la Junta de Directores de la Asociación Cibao de Ahorros y Préstamos, desempeñando su nueva misión social en favor de la comunidad con notoria eficiencia, celo y exactitud durante veinte años, desde su creación en 1962. Padre amoroso y esposo ejemplar no se recuperó nunca del terrible golpe que para él significó la pérdida de su abnegada esposa.

Fue designado Jefe del Servicio de Medicina Interna del antiguo Hospital José María Cabral y Báez y ejerció este cargo hasta 1979, cuando al ser edificado el nuevo Hospital se le designó "Profesor Emérito", honrosa distinción que ostentó hasta el momento de su muerte.

En 1968 corona su faena botánica con la publicación del segundo tomo de la "Flora Dominicana", como fiel y brillante continuador de su eminente predecesor el Prof. Rafael Moscoso. Este libro, editado en Padua, Italia, le valió recibir el premio Juan Pablo Duarte, en la Sociedad Amantes de la Luz.

En 1961, al cumplir cuarenta años de ejercicio profesional se le otorga la Orden de Duarte, Sánchez y Mella, en el grado de Caballero. Algunos años más adelante, la Universidad Católica Madre y Maestra le entrega el codiciado título de "Doctor Honoris Causa". El 4 de junio de 1974, el Honorable Ayuntamiento de esta ciudad lo nombra "Hijo Distinguido de Santiago". En 1973, recibe el Dr. Jiménez la visita de dos profesores de la Universidad de Texas, venidos con el objeto de pedirle la donación de duplicados de su extraordinaria colección de plantas, que reunía a la razón unos 10,000 ejemplares, para ser distribuidas en las diversas universidades del país y en algunas de los Estados Unidos, incluyendo la Universidad de Texas. Hoy en día, en el Departamento de botánica de la A & M University of Texas, existe una sección que lleva el nombre de "Jimenez Herbarium". Además de

todo esto fue miembro de diferentes instituciones médicas y botánicas, unas veinte en total. Fue Miembro Titular de la Sociedad Internacional de Medicina Interna, con asiento en Berna, Suiza. En el mes de diciembre de 1980 fue ganador del "Premio de Ciencias del año 1980", otorgado por la Sociedad Dominicana de Ciencias.

El Dr. Jiménez era un incansable viajero. Conoció toda América, desde Canadá hasta Chile, así como la casi totalidad de los países de Europa.

Dotado de una aguda inteligencia, servida por una memoria prodigiosa, los que compartíamos con él la discusión de casos clínicos, no sabíamos que admirar más, si estas cualidades o su penetrante perspicacia o su elegante método casi matemático de exposición.

Un par de anécdotas ilustrarán su modo de ser y su temperamento en diversas situaciones. En 1973, se enteró por uno de sus pacientes de que cerca de la Iglesia de San José vivía un hombre que había cumplido ya los cien años, gozando de un buen estado de salud. Solicitó a sus familiares que se lo llevaran al consultorio para conocerlo y cambiar impresiones con él. El día que el anciano decidió ir a visitarlo se encontraba en el consultorio un paciente de unos cuarenta años de edad, obeso, fumador y bebedor. Abrazó el Dr. Jiménez efusivamente al centenario e inmediatamente comenzó a interrogarlo: "¿Verdad que Ud. nunca ha fumado?". -"Yo si fumo, desde que me salieron los dientes, chupo mi cachimbo, masco tabaco y fumo cigarrillos". "Pero seguramente Ud. no bebe aguardiente", continuó inquiriendo el Dr. Jiménez. -"La verdad que yo no bebo mucho, una botellita de ron todos los días y empiezo desde bien temprano". -"¿Y mujeres? Ud. no tiene mujeres". -"Yo siempre he tenido mujeres y muchas, ahora mismo tengo dos y sepa Ud. que le doy abasto a toa dó". El paciente, que presenciaba aquel

diálogo, no salía de su asombro viendo como el Dr. Jiménez estaba perdiendo aquel pleito singular. Se despidió el anciano afirmando que había gozado siempre de excelente salud y que sí había consultado algunos médicos para curarse enfermedades del mundo. Ya a punto de salir se volvió para preguntar: "dígame una cosa doctor, porqué a las enfermedades del mundo le dicen enfermedades de mujeres, porque para mí son enfermedades de hombres". El Dr. Jiménez le respondió con una sonora carcajada. Aparentemente había perdido la batalla el Dr. Jiménez; sin embargo no lo consideró así, pues le comentó a su asombrado paciente: "Tú ves, el viejito ese, si no fumara ni bebiera, ni corriera detrás de las mujeres, podría vivir hasta los 130 años".

Hombre de una vasta cultura, enamorado de la literatura y de todas las artes en general y de la música en particular, fue siempre un conversador sumamente ameno y agradable, de gran talento, filósofo a sus horas. Hacía galas en toda ocasión de una gran lucidez. Lúcido lo fue hasta los minutos que precedieron su fallecimiento. Consciente de la gravedad de su estado, hacía esfuerzos sobrehumanos para ocultárselo a sus hijos. Veinticuatro horas antes de su muerte me dijo, con una escalofriante serenidad, en francés, "tout espoir est fini". Su estoicidad en el momento mismo de la defunción fue una lección de entereza y de valor para los que tuvimos el triste privilegio de acompañarlo hasta sus últimos instantes.

Se cumplen, precisamente hoy, once años de su sensible desaparición. La Junta de Directores desea expresar en estos momentos por mi conducto, a Julia y a Joseíto, su más profunda simpatía y la reafirmación de su plena solidaridad con sus inextinguibles demostraciones de amor filial.

Asociación Cibao de Ahorros y Préstamos

Santiago, 18 de Noviembre de 1993